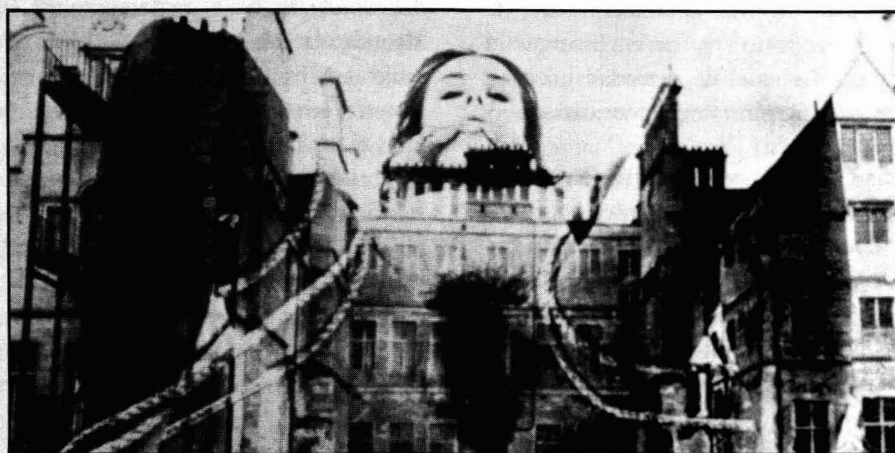


Para quitarse el sinsabor



Necesitaba poco para quitarse el sinsabor. Le bastaba mirar por su ventana la gente de paso, dejarse cautivar por el desfile callejero, sobre toda a la hora de mayor animación, cuando los niños salían alborotadamente de la escuela. Nada para el cuitado más contagioso que ese júbilo infantil.

Poco necesitaba para remansarse: apretar con leve presión la piedra verdosa oblonga y lisa, que su palma palpara la pulida superficie que parecía acomodarse, toda ella, tersamente, al hueco de su mano. Bastaba el plácido vaivén del índice, que la pulpa recorriera sin traba la curva cariciosa y a la par compacta, extraña, cabal. Bastaba empuñar esa desnudez, con los dedos rodarla; bastaba el frote de la suave comba para sosegar, mundo sin punta ni filo, vagar por el paraje ondulado, bogar por agua mansa, hacia la otra orilla. Mecida, la espuma entra, se esparce y se deslíe sobre los blandos lomos de la playa soleada; la planta se posa y place sobre la arena tibia; la brisa mezcla olor de mar con aroma de pasto; el soplo, de paso por la arboleda, susurra; magnolios, acacias y jazmines perfuman el aire, lo azucaran; revuelo en la enramada: mirlos, mixtos, y zorzaes bullen, meten bulla, gorjean; el río rumorea entre entre las peñas; risueña resuena una jarana juvenil; cuchicheos, risas, chapoteos; las lavanderas de piernas desnudas —semeja su tersura la de mi piedra de bogar— baten, candenciosas, la ropa contra la redondez de los cantos; las casas trepan por la barranca frondosa; entre la verdura estalla, en plena floración, la gloria del jacarandá; cerca del muelle, tras los bares y almacenes, está la plaza manchada por la sombra de los plátanos; gente dicharachera colma las mesas; retoza, bebe, bromea; las muchachas endomingadas lucen vestidos chillones y los menean; el mercado, con sus montañas frutales de colorido vigor, exulta; la muchedumbre trajina, alegremente se agita; bajo los toldos, mitigada la resolana, el brillo de los pescados se atenúa, la langosta atempera su rojez: en el embarcadero, las barcazas que pescan a la luz de grandes farolas, se aprestan; más allá el murmullo del oleaje; el agua y el cielo azulan.

Cuando sentía el desajuste crecer, separarse las partes, el desmedro en aumento, la trabajosa transigencia desbaratarse, necesitaba, salir, andar, escabullirse. Despreocu-

pándose, vagaba por la ciudad como al descuido. Y el afligido aflojaba, aflojaba el caminante. Callejeaba hasta desembocar en alguno de sus rincones alilargos, dadores del contento, allí donde el influjo infunde su deshora, donde lo que contraría cesa, y uno se amaina, amiga, donde lo de afuera se adentra y consigo de consuno se unifica. Eso perseguía el peregrino, ésa era su espera, acabar con la disputa. Para allá rumbeaba, a la plazuela, la que pasa casi desapercibida, a contemplar en torno las fachadas retraídas que el atardecer apaga, la pared pedregosa que la hiedra cubre, el cielo retenido en los cristales. O se iba al puente de la esclusa, a ver pasar la chalupa, ver cómo se abren las compuertas, el sube y baja de las aguas, las rotaciones quejumbrosas del viejo engránaje accionado, como organito callejero, por una simple manivela. Se iba al parque a congeniar con las ruinas que imitan otras más antiguas. Se sentaba frente a la pirámide de fantasía ante la doble puerta que clausura el presunto ingreso a la cripta, a la sala hipóstila, la de los capiteles en forma de nenúfar, al embarcadero, a la vera del río tenebroso. O deambulaba en torno al peristilo, bordeando el lago cuya quietud aquieta. Y se dejaba encantar, penetrar poro a poro por la plácida melancolía.

Pero la desazón no cejaba. Daba tregua. Se replegaba por momentos para crecer y acometer, la huraña, con mayor encarnizamiento. Necesitó de otros intercesores para que cediera lo oprimente, para aliviarlo. Otros conjuros y brebajes precisaba para desbaratar el ceñimiento, para exceptuarse del aprieto, para sedarse y exaltarse. Adecuada a cada estado, la música le procuro el lúbrico acicate, el candencioso ascenso celestial, la difusa fuga, el estro armónico, la impetuosa efusión o el hálito que sostenido da en la concordancia. Combinó los ritmos con la luminotecnia, con el claroscuro de los éxtasis. Decoró la cámara con objetos fetiche y cuadros talismán. Roció su teatro con rebuscados cócteles que concertaba batiendo alcoholes exclusivos con frutas de las islas vírgenes y pizcas de especias pasmosas, del más lejano oriente. Alternaba la plétora sexual con el rapto místico, los concitaba y confundía.

Pasado cierto tiempo, los desarreglos en crecida lo excedieron. Tanto fue el desmembramiento que aquellos sortilegios caducaron. Todo de nuevo se intrincaba y deshacía. Pobre penado, necesitaba un corte neto, abrir un intermedio abruptamente. Se puso en cuarentena; dejó el diario menester sin medir la consecuencia. Tomaba pues un tren o un avión. Viajaba a algún lugar impresionante, de inmediata seducción. Partía hacia ciudades con canales, gráciles palacios e iglesias de cúpulas doradas. Recorría laberintos de muros rosa viejo que el agua, al ondular, duplica. Vagaba por Babeles de torres colosales, entre monobloques de aceradas aristas, por daderos de rascacielos espejados y enfrentados que se reflejan incluyéndose. O escapaba hacia algún puerto lujurioso, donde las plantas se meten en las casas hasta levantarlas, donde la vida emerge de la tierra feraz con fuerza tanta que es inútil pretender moderarla, donde los cuerpos arden y se buscan, insaciablemente, donde el mundo se atiza y en cenagosa siesta se aletarga. Así, al perderse, el desasosegado se encontraba, recobraba la parte postergada, volvía a consentir, a consistir, a ser obstante y substanciado.

Pero al final, ni tales filtros fueron eficaces. Probó con bosques majestuosos, cimas de montañas escarpadas, altamares, macizos que el vendaval esculpe, desiertos de dunas traslaticias, templada pampa y estepa glacial, la llana ilimitud y despeñadero sin fondo. Huía hacia el lugar lejano, al otro mundo, para que la pujanza de la disparidad le quebrase la costra, desatase los nudos, destapase el adentro, lo liberase por la desnudez. Mas la escapada no podía perpetuarse. La fuga hacia el nadir redundaba en mera escapatoria. No paraba de ambular y se extraviaba. Huía de sí mismo a sí mismo atado.

Todas las travesías y peregrinaciones, cada vez más riesgosas, más remotas, resultaron al fin concéntricas. Circundaban el punto de partida. Rondaban la morada ensimismada, el sitio ineludible, el centripeto asiento de la cosa, del conato. Y se quedó en su casa congeniando con el desconsuelo, con su turbulento, tiránico fuero. A ratos prueba la ventana y la piedra. O sus equivalentes íntimos. ◇